

gritaba entonces el pueblo en Guidhall y en sus alrededores: « todos á una, todos á una », pero si se sabía que avanzaba gritaba: « á negociar, á negociar. »

Los habitantes de Southwark se negaron resueltamente á oponer resistencia, y como los jefes de la City les amenazasen, pidieron auxilio á Fairfax, el cual dió orden á una brigada de que fuese á proteger el arrabal, mientras él por el Oeste se dirigía hácia Lóndres. Entonces el municipio tomó la resolución de abrir voluntariamente las puertas de la ciudad, y el día 3 de agosto se presentó una comision en el cuartel general para hacer presente la rendicion. Al día siguiente entraron las tropas en Southwark y el día 6 de agosto el ejército, llevando en medio á los diputados fugitivos, se dirigió por Kensington hácia Hyde-Park, en donde los esperaba el Lord corregidor y los aldermen. En Charing-Cross les esperaba el municipio y el Parlamento tomó consigo los miembros que regresaban. Fairfax recibió las gracias por boca del presidente y fué nombrado constable de la Torre, teniendo el valor de excusarse de los honores que querian prodigarle. También los oficiales y los soldados fueron recibidos con muestras relevantes de favor.

Los regimientos marcharon por algunas calles de la ciudad, llevando coronas de triunfo en los sombreros y sin que se permitieran el menor desman, y fueron despues acuartelados en los alrededores.

Todos los actos del Parlamento durante la ausencia del presidente fueron declarados nulos, se persiguió á los que habian tomado parte en los últimos desórdenes y se reorganizó la milicia de la ciudad.

El partido independiente se habia hecho dueño de sus adversarios sin necesidad de lucha; en la Cámara de los Comunes habia separado á la mayoría de los presbiterianos, y en la de los Lores, que apenas contaba una docena de miembros, no podian apoyarse los presbiterianos.

## CAPITULO V

### DESTRONAMIENTO DEL REY

Despues de su último triunfo los independientes, es decir, los jefes del ejército, pudieron imponerse al rey de un modo mas decisivo que hasta entonces. No impidieron sin embargo que las dos Cámaras presentasen nuevamente á la aceptación del rey las diez y nueve proposiciones de Newcastle, porque de ella dependia el acuerdo con los escoceses, pero confiaban alcanzar el logro de sus fines por medio de las negociaciones entabladas separadamente en el cuartel general desde algunas semanas.

El rey Carlos se hallaba bastante á su gusto entre los soldados, pues se le habia permitido visitar algunos de los castillos situados cerca del campamento, se le dejaba estar en relaciones con sus partidarios y tener cerca de sí á sus capellanes y á sus hijos mas jóvenes. Por su parte los oficiales le trataban con gran consideracion, y Fairfax, Cromwell, Ireton y varios otros compañeros de armas trataban de entenderse con él acerca de un programa, en el cual ante todo se exigian garantías suficientes de mantener la tolerancia religiosa, exceptuando solo de ellas á los católicos. En verdad pedian con los presbiterianos que cesara el poder jurisdiccional de los obispos y que el Estado no pudiese obligar á que se empleara el libro de rezos hasta entonces usado con sus prescripciones rituales; pero se oponian á los preceptos del Covenant y querian que, fuera cual fuese la constitucion de la Iglesia nacional, se respetase la libertad de creencias de las distintas comuniones protestantes y se permitiese la formacion de comunidades libres. Pedian además una modificacion del sistema electoral; renovacion del Parlamento en épocas

fijas; que se ampliasen los derechos de los ciudadanos y que se les abandonase por quince años la direccion de la milicia y la provision de los altos empleos del Estado. En esta forma se presentaron al rey y al Parlamento « las proposiciones del ejército » referentes solo á Inglaterra.

Esto sucedia en la época en que la City se habia sublevado y en que la lucha entre el ejército y el Parlamento habia tomado un carácter amenazador. Carlos confiaba en que podría aprovecharse del movimiento de la burguesía y habia rechazado las proposiciones del ejército. Los oficiales no disimularon su descontento: « Señor, le dijo Ireton, vos queris ser árbitro entre nosotros y el Parlamento, pero nosotros queremos ser árbitros entre el Parlamento y vos. » El triunfo del ejército arrebató al rey la esperanza que habia alimentado y entonces trató de utilizar las proposiciones del ejército, y en su contestacion á la mocion del Parlamento se refirió á dichas proposiciones, diciendo que encontraba en ellas « mejor fundamento para establecer una paz duradera. » Creia aun poder jugar con todos los partidos y engañarlos á todos hasta cierto punto, pues hallándose entonces en el castillo de Hampton-Court, que se le habia señalado como residencia, rodeado de sus mas fieles servidores, visitado por sus mas decididos defensores y vigilado por solo un escudron de caballería, se creia ser aun bastante rey para poder continuar usando su antigua manera de tratar con los hombres. En el cuartel general de Putney, á mitad de camino entre Hampton-Court y Lóndres, se sabia de sobra lo que podia esperarse del rey, pero los oficiales continuaban todavia las negociaciones con Carlos. Fairfax estaba dispuesto á conceder el restablecimiento del episcopado en sus derechos, « segun las antiguas costumbres, leyes y estatutos, con tal que se asegurara la libertad de conciencia, » de modo que nadie pudiese molestar á otro respecto de sus creencias.

Cromwell por su parte trataba de conseguir su objeto por otro camino y persuadió al Parlamento de que hiciera nuevas proposiciones de paz, ya que el rey habia rechazado las diez y nueve anteriores. Las nuevas condiciones no eran mucho mas suaves para el rey que las otras, pero se diferenciaban de ellas en un punto muy importante, y era en que indicaban que la constitucion presbiteriana debia ser garantida solo hasta la conclusion de la próxima legislatura del Parlamento, concediéndose libertad de cultos para los no conformistas, pero exceptuando de ella á los que seguian religiones anticristianas y á los católicos, exigiendo el uso del libro de peticiones comunes, é imponiendo á todo inglés la obligacion de « oír la palabra de Dios », fuera donde fuese, en los dias festivos. Esta era una pobre concesion, insuficiente para restablecer la concordia entre presbiterianos é independientes.

Existia, sin embargo, otro poder que destruyó todo este tejido de negociaciones públicas y secretas, y que, sin guardar atenciones á la una ni á la otra parte, queria introducir modificaciones radicales, y era la masa de los soldados que habia encontrado representantes decididos en los *agitadores* elegidos. La desconfianza empezó á introducirse en los regimientos; los soldados sospechaban de sus jefes por verles en buenas relaciones con el rey, á quien se habia hecho la guerra, y con los caballeros á quienes se habia odiado como hijos de las tinieblas. Casi todos los generales y coroneles, con raras excepciones, parecian haberse convertido en diplomáticos y cortesanos, y se murmuraba en los cuarteles que habian sido vendidos por oro y honores los intereses del ejército. A Cromwell, contra quien se dirigian las mas amargas reconvenciones, le acusaron de ser un cobarde renegado. Cierta John Wildman, hombre de educacion literaria que le debia muchos favores, declamaba contra él en las reuniones

de los agitadores. Lilburne ya en el mes de agosto habia escrito desde la prision un folleto contra el general, acusándole de haber obtenido los mejores empleos para él y sus partidarios, y terminaba su folleto con estas palabras amenazadoras: « si no haces caso de mis palabras, emplearé todos los medios para destruir tu felicidad. » Lo que querian los soldados era que cesasen por completo las negociaciones con el « mayor asesino de Inglaterra; » la monarquia les parecia un gran mal y llamaban á la Cámara de los Lores una « reunion de polichinelas pintados. » En octubre y noviembre hicieron redactar varios regimientos, entre ellos los de Cromwell é Ireton, dos escritos en los que exponian su voluntad y se obligaban á no separarse hasta que se hubiesen asegurado los derechos de la nacion y del ejército. Entre estos derechos ponian la disolucion del Parlamento existente, eleccion de una Cámara de representantes única por un sistema electoral mejorado, y cuya duracion fuera de dos años, entrega de la alta administracion del Estado á dicha asamblea, libertad de cultos y de conciencia, obligacion para el Estado de cuidar de la instruccion del pueblo, abolicion de los diezmos, codificacion del derecho inglés y modificacion de ciertas leyes comerciales que ocasionaban grandes perjuicios á la nacion.

Como se ve, pues, del ejército salió la primera idea de un cambio completo de las antiguas instituciones. La república debia ocupar el lugar de la monarquia, y la separacion de la Iglesia y del Estado debia sustituir á una Iglesia oficial. Las exigencias de los regimientos se pusieron en conocimiento, del consejo de oficiales que representaba la Cámara alta del ejército; algunos de ellos, como Rainsborough, Ewer, Scott y otros, se pusieron al lado de los agitadores, y se entablaron serios debates entre los oficiales y los agitadores sobre si debia ó no conservarse la monarquia. Cromwell, Ireton y sus compañeros comprendieron la situacion de las cosas. Los soldados desconfiaban de ellos, y ellos por su parte no solo no estaban seguros del rey, si que creian que Carlos solo trataba de perderlos ó de renovar la guerra civil. Tenia este frecuentes tratos con los comisarios escoceses que no cesaban de vomitar injurias é inectivas contra el « ejército herético y enemigo del rey, » y tenia grandes esperanzas en la energia del marqués de Ormond, que al entregar á Dublin al ejército parlamentario habia ido á poner su espada á su disposicion. Las consecuencias fueron que los oficiales se separaron del monarca y sus consejeros recibieron orden de alejarse, corriendo rumores de que se trataba de atentar á la vida del rey.

La excitacion era tan grande en los regimientos que bien podia temerse se llegara á un sangriento conflicto, y quizá esto mismo temieron Cromwell é Ireton, y les hizo desear que el rey se alejase de Hampton-Court. El caso fué que en la noche del 11 de noviembre halló ocasion Carlos de huir por el jardin del castillo, acompañado de dos de sus servidores, encontrando caballos preparados en las cercanías, y como la noche era oscura y tempestuosa, fácilmente perdieron la pista sus perseguidores. Durante algunos dias se ignoró el paradero del rey, pero el día 15 se recibió una carta del coronel Hammond, gobernador de la isla Wight, dirigida al Parlamento, en la que participaba que el rey estaba en la isla. Hammond, sobrino del capellan favorito de Carlos I, habia temblado ante la idea de la gran responsabilidad que caia sobre él por aquella inesperada visita; pero despues se decidió á llevar al rey, con toda clase de consideraciones, al castillo de Carisbrook, y pidió instrucciones. El Parlamento le mandó que velase por el rey con el mayor cuidado y aumentó la guarnicion de la isla.

El mismo dia en que se supo el punto donde se habia re-

fugiado el rey, consiguieron Fairfax y Cromwell dominar el espíritu de insubordinacion de los soldados, llegándose al mismo tiempo á un acuerdo entre los oficiales y los agitadores, sobre ciertas proposiciones que habian sido presentadas al Parlamento en nombre del ejército. Pero á pesar de ello, no habia cesado la agitacion de las tropas; así fué que se tuvo por peligroso el reunir las para una asamblea general y se determinó que su concentracion se verificaria en tres puntos distintos. El día 15 de noviembre se reunieron siete regimientos á las órdenes de Fairfax en las cercanías de Ware, leyéndoles el general una arenga en la que les prometia defender los derechos de los soldados y trabajar para que se reuniera una nueva Cámara de representantes del pueblo, reformada; pero al mismo tiempo les dirigió amargas quejas por las faltas cometidas contra la disciplina y exigió que se le dieran pruebas de adhesion. Sus tropas así lo hicieron sin vacilar. Pero habia dos regimientos que se habian presentado sin que nadie les invitara á ello, y eran el de caballería de Harrison y el de infantería de Lilburne, el cual hacia poco habia salido de la Torre, y estos regimientos parecian oponerse al acuerdo de los demás. Los soldados llevaban en el sombrero la peticion que habian dirigido al Parlamento y en su parte exterior habian puesto las palabras: « la libertad de Inglaterra y los derechos de los soldados. » Cuando Fairfax al frente de su estado mayor pasó por delante de dichos regimientos y exigió que se destruyese aquel emblema de la rebelion, el regimiento de Harrison se sometió, pero no así el de Lilburne, que habia expulsado á casi todos sus oficiales. Entonces se adelantó Cromwell, hizo prender á los directores del complot, sometió á tres de ellos al consejo de guerra é hizo fusilar á uno, á quien tocó por suerte.

Este vigoroso ejemplo dió sus frutos, restableciéndose el orden en el ejército y volviendo los soldados á poner su confianza en sus jefes, quienes se mostraron muy conciliadores y quitaron á las tropas el temor de que se hiciese un convenio con el rey sin contar con ellas.

Así fué que al presentarse en el cuartel general un embajador del rey, los oficiales se negaron á entenderse con él, y Cromwell le hizo decir que por mas dispuesto que estuviera á servir al rey, no queria perderse por su causa.

El Parlamento por su parte tampoco se mostraba dispuesto á ceder, negándose mas que nunca á permitir que el rey fuera á Lóndres. A mediados de diciembre adoptó cuatro bills que Carlos debia aceptar en el término de diez dias antes de pasar mas adelante en las negociaciones. En estos bills se exigia: el mando de la milicia por el espacio de veinte años; que el rey diese su aprobacion á todas las medidas que el Parlamento habia adoptado durante la guerra; que se anularan los nombramientos de pares dados por el rey desde que abandonó la capital; la intervencion del Parlamento en el nombramiento de nuevos pares, y finalmente el derecho para ambas Cámaras de suspender sus sesiones cómo y cuándo les conviniese. Estas condiciones preliminares y las demás proposiciones del Parlamento hechas de acuerdo con el ejército, fueron llevadas á la isla de Wight por comisionados de los Lores y de los Comunes.

Nadie se mostró tan irritado contra estas proposiciones como los comisionados escoceses, que se hallaban aun en Lóndres y que durante mucho tiempo habian trabajado en vano para que se hiciese un convenio de paz segun sus ideas. Carlos era asimismo su rey, y en nombre de su nacion rechazaban las condiciones que querian imponerle, criticando el que ya no se hablase de la constitucion de la Iglesia presbiteriana y del cumplimiento del Covenant y en cambio se abriesen las puertas á la « vergonzosa tolerancia de todas

las sectas.» Después de haber expresado su desagrado en todos los tonos, tomaron también el camino de la isla de Wight y presentaron una solemne protesta contra las proposiciones del Parlamento, rompiéndose el lazo de unión entre la Escocia presbiteriana y la Inglaterra puritana que se había establecido en tiempo de John Pym.

La llegada de los comisarios escoceses dió grandes esperanzas al rey, el cual con el mayor secreto hizo con ellos un convenio cuya ejecución hubiera hecho necesaria una segunda guerra civil. En efecto, prometió sancionar la Liga y Covenant en Escocia é Inglaterra sin que le obligase á ello nadie que tuviera poderes para firmar el compromiso, reconocer por tres años la constitucion de la Iglesia presbiteriana, transcurridos los cuales debería dársele forma definitiva por medios parlamentarios, y perseguir á los independientes y á toda clase de sectarios de modo que se lograra la deseada union de la Iglesia en ambos países.

El sacrificio se le hizo menos pesado dispensándole de que él jurase el Covenant y con la seguridad que se le dió de que aun bajo el régimen presbiteriano podría conservar en su servicio divino privado el rito anglicano. Los comisarios escoceses se comprometieron por su parte á poner todos los medios para que el rey hiciera en Lóndres un honroso convenio con el Parlamento, y si esto no fuese posible influir en su gobierno para que tomase las armas en defensa de las prerogativas régias, prerogativas que ellos comprendian de un modo muy distinto que las Cámaras de Westminster, pues entre ellas incluian el derecho de mandar libremente la milicia, el nombramiento de los altos empleados del Estado, la posesion del gran sello y el veto sobre los acuerdos del Parlamento.

Por fin se había verificado lo que tanto deseaba la reina, esto es, que el rey se pusiese de acuerdo con un partido é hiciese grandes concesiones en la cuestion religiosa para salvar lo más posible de su autoridad en otros puntos. Creyendo estar seguro de los comisarios escoceses entretuvo á los comisarios del Parlamento con preguntas capciosas. Preguntóles si debía considerarse como prisionero y si podia dirigirse sin peligro á Escocia, y como diesen una respuesta evasiva se negó á aceptar los cuatro bills. «S. M., se lee en el mensaje al presidente de los Lores, está muy tranquilo en su interior. Ha llenado los deberes de cristiano y de rey y espera con calma que la plaza á Dios todo poderoso el tocar el corazón de los miembros de ambas Cámaras de modo que reconozcan á S. M. por su rey y se compadezcan de los lamentos de sus conciudadanos.»

El Parlamento contestó rompiendo las negociaciones, y el 15 de enero de 1648 declaró que bajo pena de ser acusado de alta traicion nadie podria entrar en tratos con el rey sin el consentimiento de ambas Cámaras. Cromwell é Ireton trabajaron vivamente en los Comunes á favor de esta resolucion que fué recibida con gran alegría por el ejército. Tomás Fairfax y el consejo de guerra declararon que estarian siempre al lado del Parlamento, «para asegurar el bien público sin el rey ó contra el rey.» Solo dos Lores, los condes de Manchester y Warwick, se atrevieron á hacer constar su protesta.

Se aumentó la guardia del rey, quien no pudo pasar de las inmediaciones del castillo de Carisbrook y se le obligó á despedir parte de su servidumbre. La antigua «comision de ambas monarquías» que durante largo tiempo había sido una especie de poder ejecutivo para Inglaterra y Escocia, no tenia razon de ser con el nuevo orden de cosas; así fué que los comisarios escoceses regresaron á su patria y se nombró una nueva comision exclusivamente para Inglaterra, compuesta de siete Lores y trece Comunes. El individuo mas

importante de esta comision fué Cromwell, quien comunicó su energia á los demás. Se acantonaron tropas en Lóndres para impedir cualquier movimiento de la City, se separó de la capital á los antiguos soldados realistas y se quitaron los empleos comunales á los antiguos partidarios del rey.

La energia con que se procedió contra los «delincuentes y malignos» fué pronto justificada por los sucesos. Apenas los comisionados escoceses llegaron á su patria, se vino en conocimiento del convenio que habían hecho con el rey, pues tuvieron que presentarlo á los estados generales de Escocia para que estos decidieran sobre su aceptacion. El celo y la actividad con que trabajó el partido de Hamilton hicieron que se resolviese mandar cuarenta mil hombres á Inglaterra para que se llevasen al rey consigo. Argyle y la mayoría del clero se opusieron con todas sus fuerzas á tal resolucion, diciendo que no les parecia suficiente el convenio de Wight y que temian una guerra con Inglaterra; pero Escocia se decidió en favor del regio prisionero, empezando la segunda guerra civil. La invasion de los escoceses debia verse ayudada por un levantamiento general de los caballeros que contaban con el apoyo de gran parte del pueblo.

Los emigrados realistas residentes en Francia, en Holanda y en las islas del canal se pusieron en movimiento, dirigiéndolo todo la reina Enriqueta María. El principe de Gales debia presentarse en Escocia; Ormond se encargó de levantar la bandera del rey en Irlanda; y si bien había escasez de dinero, armas y municiones, se confiaba en el auxilio de Mazarino y del principe de Orange. Por otra parte se esperaba que habría desavenencias en el ejército parlamentario, que la City se sublevaria y que los presbiterianos se mostrarían favorables al movimiento. Ya que se había conseguido arrebatar del palacio de St. James á uno de los hijos de Carlos I, el joven duque de York, y conducirlo disfrazado al extranjero, no debía renunciarse á la esperanza de libertar al rey á pesar de que hasta entonces se hubiesen frustrado todas las tentativas de esta especie.

En la primavera de 1648 se desencadenó la tempestad contra los gobernantes de Inglaterra. El país de Gales, el antiguo baluarte de la monarquía, se sublevó; Berwick y Carlisle en el Norte cayeron en poder de los partidarios del rey; y de varios condados se mandaron peticiones en las que se exigía el restablecimiento del monarca y la disolucion del ejército. En la capital misma ocurrió el 9 de abril un sangriento conflicto entre soldados y aprendices, en cuyas filas se oyó el grito de «Dios y el rey Carlos.» Cromwell que había trabajado inútilmente para reconciliar á los soldados con los ciudadanos, fué llamado á otro terreno yendo á toda prisa á Gales para ver de hacer frente á la tempestad. Fairfax se quedó en la capital y se halló rodeado de peligros, pues á mediado de mayo estalló de nuevo la rebelion en las calles de Lóndres. Las tropas fueron retiradas de Lóndres por hacer falta en los condados vecinos y la burguesía obtuvo de nuevo el derecho de disponer de su milicia y de nombrar el comandante de la Torre. En Norfolk, Suffolk, Essex, Hertford y Surrey se reunieron fuerzas realistas á las órdenes de conocidos caballeros; en Kent se hallaban diez mil hombres dispuestos á marchar á banderas desplegadas sobre Lóndres; pero el golpe mas terrible fué la sublevacion de la escuadra. El conde de Warwick, que había sido nombrado de nuevo almirante, no pudo dominar el espíritu de revuelta de los marineros; varios buques de guerra, cuyo mando había sido arrebatado á los oficiales del Parlamento, se dirigieron hácia Holanda; y las tripulaciones aclamaron por almirante el joven duque de York.

Los presbiterianos que al principio habían esperado que el movimiento resultaria en su provecho, empezaron á temer

el salir perjudicados por aquel torrente realista. Afortunadamente para ellos la bravura del ejército independiente dió pronto término á la segunda guerra civil. El general Lambert se sostuvo valientemente en el Norte á pesar de disponer de escasas fuerzas, Cromwell dispersó á las masas realistas en Gales y empezó el sitio de la fortaleza de Pembroke; Fairfax é Ireton dominaron la sublevacion de los condados del Este y del centro, protegieron á la capital contra un golpe de mano y finalmente se arrojaron sobre los realistas de Kent. Cuando estos cruzaron fugitivos el Támesis y se unieron con otros sublevados á las órdenes de Lord Capel, Sir Carlos Lucas y otros, fueron perseguidos con tanta actividad que tuvieron que encerrarse dentro de los muros de Colchester. Dos meses duró el sitio de esta ciudad hasta que el 28 de agosto tuvo que entregarse por haberse apurado completamente los viveres.

Ya antes de esta fecha se habían desconcertado las demás tentativas de los realistas. Para facilitar su tarea á los escoceses y libertar al rey, dejándole expedito el camino de Lóndres, el conde de Holland, el joven duque de Buckingham y otros nobles importantes se pusieron al frente de un cuerpo de caballería presentándose en Kingston sobre el Támesis. Desde allí dirigieron una comunicacion al Parlamento en la que aseguraban que habían tomado las armas en favor del rey y del Parlamento, de la religion y de las leyes del país y se disculpaban de la acusacion de querer introducir la tiranía; pero fueron derrotados despues de una corta lucha cayendo prisionero Lord Holland.

No obtuvo mayores triunfos la escuadra realista que llevaba á bordo al principe de Gales. Despues de una vana tentativa de desembarco en Yarmouth, procedió al bloqueo de las bocas del Támesis, cuyo único resultado fué el apresamiento de dos buques que causó gran indignacion entre los comerciantes de Lóndres. El almirante Warwick obligó á huir al principe de Gales y supo hacer volver á la obediencia á la mayor parte de los marineros que se habían sublevado.

Pero Cromwell fué quien dió el golpe decisivo. Despues de haber derrotado repetidas veces á los sublevados del país de Gales, se dirigió á marchas forzadas al auxilio del general Lambert, que se sostenia difícilmente en el condado de York, y uniéndose con él se dirigió hácia el Oeste para detener la marcha de los escoceses. Estos, excitados por sus amigos de Inglaterra, mucho antes de que sus preparativos estuviesen terminados, atravesaron la frontera bajo la direccion de Hamilton, se unieron con los realistas del Norte, recibiendo al propio tiempo algunos refuerzos de Irlanda, é invadieron el condado de Lancaster. Precedíanles innumerables proclamas en las cuales declaraban al pueblo que iban á Inglaterra para colocar de nuevo al rey en su trono, libertar á Inglaterra de la tiranía de los sectarios y destruir la tolerancia atea. Constituian un total de 21,000 hombres y en las cercanías de la ciudad de Preston fueron atacados por los 9,000 de Cromwell, que aunque iban fatigados eran soldados veteranos. Cromwell el día 17 de agosto hizo retroceder á las avanzadas realistas y rechazó al cuerpo principal del ejército enemigo causándole en los dos días siguientes tales pérdidas, que lo puso en completo desórden. Hamilton trató primero de retirarse con la caballería hácia el país de Gales y despues hácia Escocia, pero los campesinos se levantaron contra él y sus perseguidores no le dejaron un momento de descanso, de modo que sus tropas se dispersaron y él tuvo que rendirse.

Para completar su último triunfo atacó Cromwell las plazas realistas de los condados del Norte, y á fines de setiembre entró en Escocia, donde se encontró con que el partido de Argyle, esto es, los covenantistas mas radicales, que se habían opuesto al convenio de Wight y á la campaña de

Hamilton, se le habían adelantado desarmando á sus enemigos y apoderándose del gobierno. Pero el «gran independiente» quiso que la capital del presbiterianismo viese de cerca á sus temidas tropas. Esta vez llegó como amigo, como aliado de Argyle, y á él y á sus oficiales se les dió un espléndido banquete en el castillo de Edimburgo.

Su obra no estaba concluida sin embargo, y durante varias semanas estuvo detenido por el sitio del fuerte castillo de Pontrefact, el último refugio de los realistas en el Norte de Inglaterra. Cuando este cayó, pudo darse por terminada la segunda guerra civil.

El ejército independiente había triunfado; pero mientras se derramaba tanta sangre en los campos de batalla en defensa de ciertos principios, eran estos puestos nuevamente en tela de juicio. El Parlamento, despues de sus violentas declaraciones contra el rey, cuyo gobierno se había calificado recientemente de un continuado engaño, volvió á tratar los mismos asuntos en la primavera del año 1648. Los presbiterianos aumentado de nuevo su número con algunos miembros que cambiaron de modo de pensar, adquirieron mayoría, y los independientes perdieron la direccion de los negocios públicos. Los presbiterianos quisieron aprovechar la ocasion para entenderse con el rey, y así se acordó que la administracion del país se compusiese siempre del rey, de los Lores y de los Comunes, se dió por nula la decision que había roto las negociaciones, y como la Cámara alta no quiso pasar por otra cosa, se entró en negociaciones con el rey sin hacerle aceptar antes ninguna condicion preparatoria.

Los miembros que anteriormente habían sido expulsados del Parlamento, fueron invitados á ocupar su sitio; Denzil Holles se presentó otra vez como decidido campeón del presbiterianismo, y los empleados de la ciudad que habían sido perseguidos anteriormente fueron perdonados.

La City y el Parlamento trabajaban unidos en el mismo sentido que antes de la entrada de las tropas en Lóndres, en el verano de 1647; solo que en la presente crisis eran menos de temer los independientes, pues que á un tiempo tenían que luchar contra los caballeros y los escoceses. Así en mayo publicó el Parlamento un decreto en el cual se amenazaba con las penas mas severas á todos los «sectarios» á fin de «impedir el desarrollo y la propagacion de la herejía y las blasfemias.» El que sostenia que «el hombre solo debía creer lo que su inteligencia comprendia,» el que dijera que existía el purgatorio ó declarase que la constitucion del presbiterianismo era anti-cristiana, debía ser reducido á prision. El que negara la existencia ó la omnipotencia de Dios, la divinidad y la ascension del Señor, seria reo de muerte. Una peticion de las autoridades de la ciudad exigía de los miembros del Parlamento la persecucion rigurosa de la herejía, y uno de los antiguos oficiales de Cromwell presentó ante los Lores una acusacion de alta traicion contra los amigos herejes del general.

La cuestion mas importante era saber si podrian convencer al rey de que aceptase las proposiciones que le presentaba el Parlamento y que eran las mismas que le habían sido entregadas en Hampton Court. Varios comisarios del Parlamento, entre ellos los condes de Northumberland y Pembroke, el vizconde Saye y Sele, Holles y Vane, se dirigieron á principios de setiembre y acompañados de algunos miembros del Sínode á la isla de Wight. La pequeña ciudad de Newport fué escogida como punto donde debían verificarse las conferencias, y se permitió al rey, bajo palabra de que no intentaria fugarse, que se presentase allí acompañado de cierto número de consejeros tanto civiles como eclesiásticos. Las negociaciones fueron llevadas con toda solemnidad, estando sentado el rey bajo un dosel al extremo de una mesa y rodeado